

Ministerios al servicio de la comunidad celebrante

José Aldazábal



dossiers CPL 110

JOSÉ ALDAZÁBAL

MINISTERIOS
AL SERVICIO DE LA
COMUNIDAD CELEBRANTE

Dossiers CPL, 110
Centre de Pastoral Litúrgica
Barcelona

No está permitida la reproducción pública total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento sin la autorización escrita de la editorial.

Primera edición: septiembre de 2006

Edita: Centre de Pastoral Litúrgica
ISBN: 84-9805-147-9
D.L.: B-36.817-2006
Imprime: JNP

SUMARIO

Siglas más utilizadas	7
Introducción	9
1. Comunidad y ministerios	11
2. El presidente	27
3. El diácono	43
4. Ministerios confiados a laicos	51
5. El ministerio litúrgico de la mujer	61
6. El sacristán	69
7. El servicio de acogida	85
8. El monitor o comentarista	99
9. El acólito	113
10. El lector	125
11. El director de canto	145
12. El coro de cantores	157
13. El salmista	165
14. El organista	175
15. Ministros de la comunión	187
16. El equipo de liturgia	205
17. Los padrinos	217
18. Celebraciones dominicales en ausencia de presbítero	229
19. El capellán	239

SIGLAS MÁS UTILIZADAS

ADAP	Asambleas dominicales en ausencia de presbítero
AG	<i>Ad Gentes</i>
Bend	Bendicional
CCE	Catecismo de la Iglesia Católica
CIC	Código de Derecho Canónico
Cuad Phase	Cuadernos Phase
Ench	Enchiridion. Documentación litúrgica posconciliar (Ed. de 1992: acaba de salir otra más completa en 2006)
IGMR	<i>Institutio Generalis Missalis Romani</i>
LG	<i>Lumen Gentium</i>
MQ	<i>Ministeria Quaedam</i> , de Pablo VI, 1972
MS	<i>Musicam Sacram</i> , Instrucción de 1967
OLM	<i>Ordo Lectionum Missae</i> , edición de 1981
PO	<i>Presbyterorum Ordinis</i>
RICA	Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos
SC	<i>Sacrosanctum Concilium</i>

16. EL EQUIPO DE LITURGIA

“La preparación de cada celebración litúrgica hágase con ánimo concorde y diligente según el Misal y los otros libros litúrgicos *entre todos aquellos a quienes atañe*, tanto en lo que se refiere al rito como al aspecto pastoral y musical, bajo la dirección del rector de la iglesia, y oído también el parecer de los fieles en lo que a ellos directamente les atañe” (IGMR 111).

“El sacerdote, al preparar la Misa, mirará más al bien espiritual común del pueblo de Dios que a su personal inclinación. Tenga además presente que una elección de este tipo hay que hacer *de común acuerdo con los que intervienen de alguna manera en la celebración* junto con él, sin excluir a los fieles en las partes que a ellos más directamente les atañen...” (IGMR 352).

Antes no había necesidad de un equipo de animación de la liturgia: bastaba que el sacerdote y el sacristán se cuidaran de prepararlo todo. En todo caso se agradecía la buena voluntad de unas buenas personas que mantenían limpia la iglesia o preparaban con gusto las flores.

Ahora cada vez más es un grupo el que asume la tarea de preparar las celebraciones y revisarlas también a largo plazo. La corresponsabilidad de los laicos se nota en otros campos de la vida comunitaria, como la catequesis, la economía y otras actividades, pero también en la animación de la liturgia.

Un buen grupo de liturgia puede llegar a ser un auténtico fermento y un motor de la celebración de la comunidad. Y eso, no sólo porque ahora hay menos sacerdotes, o porque el párroco no llega a todo, o porque es moda la participación de la base, sino por motivos también teológicos: la Iglesia se comprende a sí misma como más corresponsable de la propia vida y

animación, basándose en la dignidad de todos los laicos, en razón de su sacerdocio bautismal.¹

Un equipo mixto y representativo

El equipo que se ocupa de preparar y animar las celebraciones es idealmente un grupo variado, rico, representativo de lo que es la comunidad. Debería agrupar –en un número no demasiado grande pero sí significativo– a ministros ordenados (los que van a presidir las celebraciones), religiosos y religiosas, laicos y laicas, mayores y jóvenes.

En concreto se supone que un equipo así está constituido por las personas que normalmente se hacen responsables de los varios ministerios litúrgicos o al menos de su preparación y distribución. Además del sacerdote, sería bueno que estuvieran los que proclaman las lecturas, los que dirigen la oración o el canto, el organista, los que normalmente suelen cantar los solos y el salmo responsorial, los encargados de las moniciones o de las intenciones de la oración universal, los ministros extraordinarios de la comunión, el sacristán y los monaguillos –o al menos alguno de ellos en representación de los demás–, los que atienden al servicio de acogida, etc. Y un diácono, allí donde tenga la suerte de que haya uno en la comunidad. Si es posible, convendría que hubiera algún joven, encargado de algún ministerio.

“Es menester que, antes de la celebración, el diácono, los lectores, el salmista, el cantor, el comentarista y el coro, cada uno por su parte, sepa claramente qué textos le corresponden, y nada se deje a la improvisación. En efecto, la armónica sucesión y ejecución de los ritos contribuye en gran manera a disponer el espíritu de los fieles a la participación eucarística” (IGMR 352).

El grupo es bueno que tenga un responsable, que normalmente puede ser el mismo sacerdote, o bien alguna otra persona delegada por él, que se encargue de la convocatoria y de la preparación de las reuniones, etc.

Este grupo no debería considerarse un coto cerrado, como dueños únicos de las decisiones. Aunque se va formando a partir de las personas dispuestas a

1 Cf. SECRETARIADO DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA, *El equipo de animación litúrgica. Directorio litúrgico-pastoral*, PPC, Madrid 2006, 72 págs.

colaborar, y luego se va organizando más, debería permanecer abierto. En todo caso, si llegan a ser muchos sus miembros, se podría pensar en una rotación a la hora de distribuir los ministerios o en subgrupos que se cuiden de los diversos sectores y de las celebraciones especializadas, pero que a la hora de la reflexión y de la oración formen unidad.

También en las comunidades religiosas y en los colegios convendría que hubiera un grupo de liturgia, que se ocupara de animar las celebraciones. Es un apostolado que en toda comunidad es de los más nobles y útiles para la vida de fe de todos.

A veces no se logra al principio un grupo numeroso y formalmente constituido. Suele empezar con alguna persona de buena voluntad que, junto con el sacerdote y el sacristán, se encarga de la música o de distribuir las lecturas o las moniciones. Poco a poco se pueden ir añadiendo otras personas hasta formar un grupo más eficaz en la preparación de las celebraciones. Mucho depende de las características y necesidades de cada comunidad, por iniciativa del sacerdote, o también de los mismos fieles. Lo que cuesta en estos grupos es su continuidad y perseverancia, porque se trata de un ministerio que exige sacrificio.

Preparar bien la celebración

La tarea que se le encarga de modo inmediato al grupo de liturgia es preparar todos los aspectos de una celebración comunitaria:

- aparte de la preparación material de los locales, que probablemente ya tendrá sus encargados, cuida de asesorar al sacristán en la distribución de *los espacios y asientos*, tanto de la asamblea como de los ministros que actúan en el presbiterio: de la disposición espacial acertada depende en buena medida una primera impresión de una comunidad que se reúne para celebrar;
 - la *ambientación* del atrio o de la iglesia, sobre todo en los tiempos litúrgicos fuertes y en las fiestas, puede ser objeto de atención, por su importancia pedagógica; pensar en los posters, slogans, material de apoyo, música de fondo;
 - cuidar la celebración de *la Palabra* de Dios: preparar entre todos las
-

lecturas, las ideas que pueden configurar la homilía del sacerdote (la aplicación de esa Palabra a nuestra vida de hoy), designar los lectores y el salmista, decidir la antifona del salmo que irá cantando la comunidad y las aclamaciones antes y después del evangelio; asimismo, las intenciones de la oración universal, no contentándose con las que se encuentran en libros o publicaciones, que difícilmente pueden reflejar las circunstancias más recientes de nuestra historia;

– el grupo piensa sobre todo en la *distribución de ministerios*, al menos para las Misas de los domingos, pero a ser posible también para cada día de la semana: las lecturas, el salmo responsorial, el servicio de la acogida, la colecta del ofertorio, las moniciones, la oración universal;

– un aspecto importante de esta preparación es la *selección de los cantos*, adaptados tanto a la comunidad como al momento concreto de la celebración, con calidad de música y de texto, pensando también en una gradual educación y enriquecimiento del repertorio de la comunidad;

– debería ser objeto de preparación el lenguaje y el texto *de las moniciones* que se van a decir, así como de las intenciones del acto penitencial y de la oración universal, y hasta las ideas de la homilía; cada uno de los ministerios tendrá su encargado (de la homilía, por ejemplo, el presidente), pero la reflexión en común sobre su lenguaje y contenido puede ayudar mucho a que el espíritu de la fiesta o del tiempo litúrgico, y sobre todo el mensaje de la Palabra proclamada, tengan una traducción concreta y viva para esta comunidad y su historia: los laicos, con su vivencia personal, pueden aportar matices muy específicos;

– el grupo prepara también, en coordinación con el sacristán, lo necesario para una mejor celebración *a partir del ofertorio*: los panes y el vino, para que pueda haber una buena fracción del Pan y la participación de todos también en el Vino, y el modo mejor de hacerlo; quiénes van a actuar de acólitos o acólitas, cómo se realizarán los varios servicios: preparar el altar en el ofertorio, la colecta, qué ministros extraordinarios ayudarán al sacerdote a distribuir la comunión, si hace falta y no hay ministros ordinarios;

– hay momentos en la celebración que admiten *variedad de soluciones* que tendrá que decidir el grupo, con su sentido litúrgico y su intuición pastoral, sobre cómo realizar los diversos gestos, o qué formularios escoger, si son

libres, o el grado de solemnidad que se va a dar a la celebración, o cómo se va a realizar la comunión bajo las dos especies;

–hay *celebraciones especiales*, algunas ordinarias (misas en que se presta más atención a los niños o a los jóvenes, cada semana) y otras extraordinarias (primeras comuniones, confirmaciones, bautizos) sobre las que es bueno que el grupo reflexione en común;

– es bueno que haya también personas encargadas de preparar y acompañar a los fieles que celebran *otros sacramentos*, como el Bautismo, la primera Comunión, la Confirmación, el Matrimonio, o la pastoral de enfermos;

– la reunión del equipo debe asimismo abarcar la *previsión* de celebraciones que todavía están lejos en el tiempo, pero que deben ser preparadas especialmente por su importancia, como las del Triduo Pascual;

– de una buena reunión del grupo litúrgico depende en gran parte que exista la necesaria *coordinación*: el presidente sabe qué intervenciones se esperan de él, y el monitor a su vez las suyas, evitando duplicados y divergencias, así como el organista, que debe estar de acuerdo con el que dirige el canto o con el monitor;

– para ello ayuda mucho el *saber escuchar*. En el grupo, saber escucharse los unos a los otros, porque los no encargados de la música pueden aportar observaciones seguramente muy sugerentes al cantor o al que dirige el canto, o bien estos expresar su opinión sobre la eficacia de las moniciones o la calidad de las lecturas. También habría que saber escuchar a los que no forman parte del grupo. Los fieles (incluidos los jóvenes) tendrían que poder expresar sus deseos para la mejora de los cantos o del ritmo o del ambiente. Es bueno que el equipo les consulte de cuando en cuando sobre qué cosas les parecen bien y cuáles habría que mejorar.

Visión a largo plazo

Además de cuidar la preparación inmediata de las celebraciones, el grupo de liturgia debería tener una vista más larga.

Ante todo debería *revisar* las anteriores, así como la dirección que van teniendo las celebraciones a lo largo de las semanas y los meses. Una reflexión sincera

y lúcida puede descubrir aspectos que van bien y otros más deficitarios: por ejemplo sobre la realización de los ministerios, o la calidad del lenguaje simbólico, o la dignidad estética del lugar y la acción litúrgica, o la calidad de la música, o la duración de las celebraciones...

Una pregunta que el grupo debería hacerse explícitamente es sobre el *ritmo* de la celebración: ¿demasiado lento, pesado? ¿o, al revés, atropellado y precipitado? Un buen ritmo tiene en cuenta el tiempo, pero también la proporción entre palabra y silencio, entre canto y recitación, entre palabra y acción, entre lo visual y lo oído. El grupo litúrgico debería tener una sensibilidad especial para captar las mejoras que está pidiendo la celebración, según la opinión de los fieles.

Es una sabiduría especial el conocer *qué es lo más importante* en una celebración: por ejemplo en la Eucaristía, o en la Vigilia Pascual, para no dar demasiado énfasis a aspectos que no son precisamente los principales.

Al equipo le toca tener en cuenta la *identidad de cada domingo o fiesta o celebración*: en qué tiempo litúrgico estamos, qué sacramento celebramos, distinguiendo, por ejemplo, las celebraciones diarias de las dominicales, con la correspondiente gradación de solemnidad y de cantos; cuidando también las características de las diversas celebraciones sacramentales: bautizos, exequias, bodas.

La “vista larga” de un grupo de liturgia abarca también la reflexión sobre *el contexto social e histórico* en que vivimos: qué ha sucedido o está sucediendo, lejos o cerca de nosotros, en el mundo o en la Iglesia, que debería recordarse en algún momento de la celebración (homilía, oración universal).

Debe, de igual modo, alcanzar a la *formación litúrgica permanente* de sus propios miembros. Por ejemplo, cómo pueden acudir a tal o cual cursillo de liturgia que se organiza cerca los varios monitores o encargados de música o sacristanes, y cómo se van a costear los viajes y las matrículas...

Reuniones amables pero serias

Con estos encargos, inmediatos o a largo plazo, los grupos litúrgicos se van organizando poco a poco, con variedad de estilos, pero con el deseo de que sus reuniones no sólo sean un reparto pragmático de funciones técnicas.

La *periodicidad* de las reuniones parece en principio que podría ser semanal, a no ser que se demuestre que con un ritmo, por ejemplo, quincenal cumplen sus objetivos y atienden igualmente a las celebraciones de dos semanas. Se invita a los miembros del grupo a ser *puntuales* al principio y al final.

La *revisión* de las celebraciones anteriores puede dar buen inicio al trabajo, no limitándola a la materialidad de los ministerios, sino siempre con la mirada puesta en el ambiente y el clima de oración que se haya creado y en otros elementos que hayan podido ayudar o estorbar a la comunidad.

En muchos grupos la *preparación* de las celebraciones siguientes se empieza con la lectura “orada” de las lecturas del domingo siguiente. Una escucha “cúltica” puede preceder a la preparación técnica o a la distribución de ministerios. Así salen más desde dentro las ideas sobre las posibles aplicaciones en las moniciones o en la homilía o en las intenciones de la oración universal. Si alguien ha preparado la presentación de estos momentos (lecturas, oraciones que ya ofrecen las publicaciones empleadas, etc.), se puede con relativa agilidad ver qué materiales sí valen y cuáles hay que adaptar más a la comunidad y su historia concreta. Pertenece también a este momento de la reunión la selección motivada de los cantos y, finalmente, la distribución de las tareas.

Después de la revisión y preparación inmediata de las celebraciones, una reunión puede seguir —y así lo hacen no pocos grupos— con el *estudio de un punto concreto*, en tomo a la oración o la liturgia, o del tiempo litúrgico, o de la Biblia. Es un elemento importante de “formación permanente”: el porqué del canto en la celebración cristiana, la importancia de la Palabra revelada, el espíritu del Adviento, la espiritualidad de los salmos, las motivaciones de las posturas corporales, etc. Unas fotocopias de breves artículos, o de esquemas, o la colaboración de algún conferenciante o de un miembro del grupo convenientemente preparado, pueden constituir una preciosa ayuda para que todos profundicen en el espíritu litúrgico y en la motivación de su servicio a la comunidad.

Todavía hay otro elemento que algunos incluyen para terminar la reunión semanal: un *momento de oración*. Una breve oración, preparada por algún miembro del grupo, posiblemente por rotación, puede dar inicio a la reunión o concluirla, o las dos cosas. Así los miembros de un grupo litúrgico no se

motivan sólo hacia un ministerio técnicamente bien realizado, que no es poco, sino también a crecer ellos mismos en la fe y a orar desde y sobre su propio ministerio litúrgico.

La actitud del sacerdote

No es fácil la actitud de un sacerdote en relación con el equipo de liturgia que se va constituyendo en su parroquia, como no lo es en general respecto a sus varios consejos pastorales o económicos. Según la formación que haya recibido y la experiencia que haya podido tener, el paso de un estilo más individualista de actuación a otro más de corresponsabilidad con los laicos no resulta siempre espontáneo.

Los sacerdotes y los otros ministros ordenados hacen bien en formar parte del grupo de liturgia, aunque les resulte una reunión más en su apretado horario, y además puede ser que una de las más incómodas, si seguían considerando el terreno de la liturgia como algo que “les pertenece” a ellos. Las citas del Misal con que empezábamos la reflexión de este capítulo (IGMR 111 y 352) apuntan claramente a esta conversión mental que debería darse en los sacerdotes.

El sacerdote asiste, escucha, aporta su reflexión, orienta, motiva las cosas, hace ver en qué puntos son más taxativas las orientaciones de los libros litúrgicos, y por qué; y en qué otros, por el contrario, se deja margen a la creatividad y soluciones variadas.

A algunos sacerdotes la actitud que tal vez les viene espontánea es la suspicacia, o la desconfianza sobre la utilidad de las aportaciones de los laicos. A otros la formación de los grupos de liturgia les puede resultar la excusa para aligerar el propio trabajo, “cediendo” todas las decisiones y responsabilidades al grupo. Se han de evitar por igual los extremos del monopolio (ya lo hago todo yo, y no tengo por qué buscar a nadie) y de la dejadez (que lo hagan ellos todo). La reflexión y las decisiones del grupo son complementarias, no sustitutivas, del papel que toca al responsable último de la comunidad y de la celebración.

Hablando de la corresponsabilidad del equipo de animación litúrgica de una comunidad, el Misal acaba diciendo:

“Pero el sacerdote que preside la celebración tiene siempre el derecho de disponer lo que concierne a sus competencias” (IGMR 111).

Eso sí, aun siendo el último responsable, el sacerdote debe contribuir a que se cree un clima de confianza, de fraternidad, de búsqueda común de una mejor calidad de las celebraciones. En último término, lo que todos, sacerdote y grupo, deben buscar no es su propio bien, sino el provecho espiritual y pastoral de toda la comunidad.

Animar la Liturgia de las Horas

Una de las tareas que el equipo de liturgia puede tomar con más ilusión es la animación del rezo de la Liturgia de las Horas, sobre todo en una comunidad religiosa, pero también –y tal vez con mayor motivo– cuando se incorporan a su celebración los fieles laicos.

El equipo –que probablemente constará de dos o tres personas que actúan de una manera rotativa– debe pensar en los diversos ministerios. Empezando por el presidente, si Laudes o Vísperas se celebran con un presidente revestido, con los saludos y ubicación pertinentes (cuando no es así, se dice que alguien “dirige” el rezo y, por ejemplo, al final no da la bendición, sino que la pide a Dios en nombre de todos).

Los demás ministerios deben estar ya repartidos y preparados: el modo de realizar los salmos, el que hará la lectura breve y las preces, las moniciones que se piensa que puedan ayudar etc.

Deben prepararse a tiempo los cantos, empezando por el himno inicial, que debe tener una cierta entidad en su contenido y estrofas, y adaptarse al tiempo litúrgico o fiesta. Otro canto importante es el del Padrenuestro, momento culminante de Laudes y Vísperas, mientras que en la Misa es el primer elemento de preparación próxima a la comunión.

El equipo hará bien en revisar de cuando en cuando el ritmo y la calidad del rezo de la Liturgia de las Horas en comunidad, para que no caiga en la rutina y vaya ayudando eficazmente a la oración de todos y cada uno. También los religiosos pueden caer en la precipitación. Para eso hay que empezar por asignar a este rezo un horario oportuno y holgado.

Se trata de que la celebración no sólo sea el cumplimiento de un deber, sino un gozo espiritual, y que la comunidad ore saboreando los salmos, respondiendo a la voz del Espíritu con alegría de espíritu.

Vocación de servicio

La búsqueda del bien de la comunidad, por parte del presidente y de los demás ministros de la celebración, es precisamente la finalidad de todo: si hay un grupo de liturgia que se reúne y que prepara la celebración, no es para “hacer bonito”, ni para lucirse, ni para dar salida más o menos psicológica a las energías y capacidades de los lectores o de los que saben música.

La razón de ser más profunda, la que debe dar sentido a todas las demás, es el deseo de servir, de ayudar a la comunidad a rezar mejor y celebrar más conscientemente. No se sienten “dueños”, sino “servidores”, con una clara vocación de servicio. Aman la liturgia (la Biblia, la Eucaristía) y aman a la comunidad.

El equipo de liturgia es un grupo de personas que gastan horas para preparar los detalles de la celebración, que ponen a disposición de los demás su voz o su saber musical o su capacidad de dirección, y que están dispuestas a acudir cada semana durante un par de horas a la reunión de equipo. No lo hacen por obligación, ni por gusto meramente artístico o de actividad, sino por vocación, una vocación que resulta ser plenamente coherente con su ser cristiano, y que puede llegar a alimentar una verdadera “espiritualidad”.

Otros, además de ser buenos cristianos en su vida personal, dedican energías a la catequesis o al cuidado de los enfermos o a la enseñanza. Los miembros de un grupo de liturgia han creído intuir que también es importante la animación de las celebraciones de la comunidad y han puesto a disposición de esta “causa” su tiempo y sus cualidades.

De paso, profundizan en su conocimiento personal del misterio cristiano, y en la expresión de su fe, y en su aprecio a la Biblia, y además son capaces de orar con los otros del grupo y hasta de comunicarse a nivel de fe con ellos en una reunión semanal, que para algunos de ellos se está convirtiendo en un ritmo adicional de vida de fe, no desligado, sino precisamente consecuente y preparatorio del ritmo dominical con la comunidad entera.

Muchas veces se les nota que si no fueran humildes, hace tiempo que se hubieran “descolgado” del empeño. Porque no siempre realizan los ministerios que hubieran preferido, ni siempre encuentran la colaboración deseada u obtienen los resultados que habían previsto. Pero por espíritu de servicio, con humor y amor, saben seguir perseverantes en su servicio. Y saben abrirse a las opiniones de los demás, sin creerse propietarios exclusivos de ese salmo responsorial que ellos cantan tan bien, o de las moniciones que hace tiempo que preparan ellos, o de la primera lectura de la misa de diez. Dan paso con elegancia a otros, porque no buscan su propio lucimiento, sino el bien de la comunidad y la convergencia de muchos en la animación común.

En una parroquia de Barcelona el grupo de liturgia se presentaba así ante la comunidad, después de algunos años de formación y maduración:

“Creemos que estamos en situación de poder decir que el grupo de liturgia de esta parroquia ha pasado de ser un grupo inconexo a un grupo con conciencia propia. Hemos pasado de ser unos cuantos que “leíamos lecturas en la Misa” más o menos regularmente, a ser unos equipos comprometidos en los diferentes ministerios de cada celebración.

Hemos pasado de ser unas personas que iban a la sacristía a preguntar si había algo que leer, a ser una comunidad que se preocupa de la dinámica de las celebraciones. Hemos pasado de ser unas personas sin opinión a ser un equipo que dialoga previamente entre sí y con los demás. Presidente, monitor, cantor y lectores, determinan qué canto es el más adecuado, qué sentido hay que dar a las moniciones, qué plegaria podría agregarse que refleje alguna inquietud actual, etc...”.

El citado grupo, en aquel momento, constaba de unas cuarenta personas, incluidos los sacerdotes. Pero los grupos así no se constituyen de la noche a la mañana. Tienen un proceso largo y paciente de composición, organización y funcionamiento, y conocen a veces historias de altibajos. Ese mismo grupo, al cabo de los años lo conocí formado por unos doce miembros.

Vale la pena que también los laicos sientan esta vocación: ayudar a sus hermanos a que cuando se reúnen para celebrar, sobre todo los domingos, puedan hacerlo en las mejores condiciones posibles, para que su fe se exprese y se alimente cada vez con mayor profundidad y alegría.

Un buen equipo de liturgia se nota

En las comunidades, parroquiales o religiosas, donde hay un “equipo de liturgia” que funciona, se nota. Mejora la calidad de la celebración. Se ve en seguida que las cosas no se improvisan, aunque siempre puede haber imprevistos. Que el ritmo de la celebración es el adecuado. Que los cantos están bien escogidos. Que los ministerios no sólo están repartidos, sino bien preparados. Que todo está previsto: las moniciones, las intenciones de la oración universal, la homilía, el modo de distribuir la comunión, los símbolos que acompañan los tiempos fuertes del año...

Y lo bueno es que todo ello ha sido consensuado en la reunión semanal del equipo. Consensuado después de un discernimiento, que siempre es más válido cuando se hace entre varios. Todo ello con el conocimiento y participación del sacerdote que presidirá la celebración. Lo hacen en una reunión semanal que, además de ser un ejercicio de revisión y de programación, es también un momento de oración, a la luz de la Palabra.

Un buen equipo de liturgia es una gracia para la comunidad, a la que se le ayuda, nada más y nada menos, que a rezar y a celebrar mejor.
